

Elementos sociohistóricos intervinientes en la construcción de los estadios Alfonso López y El Campín para los primeros Juegos Bolivarianos: Bogotá, 1938*

Intervening Socio-Historical Elements in the
Construction of the Alfonso López and El Campín
Stadiums for the First Bolivarian Games: Bogotá, 1938

Andrés Felipe Hernández Acosta**

Asociación Colombiana de Investigación
y Estudios Sociales del Deporte (Asciende), Colombia

Resumen

La introducción de los deportes en las sociedades que entran en procesos de modernización es un fenómeno complejo, en el que intervienen muchos factores sociales, históricos y culturales. La necesidad de investigar el deporte científicamente viene tomando fuerza en Colombia en los años recientes. Este texto aspira a contribuir en esa dirección, tomando como objeto dos hitos arquitectónicos de construcción simultánea, que fueron importantes, no solo para nuestro desarrollo deportivo, sino para el rediseño urbanístico de la capital: el estadio Nemesio Camacho “El Campín” y el estadio Alfonso López, de la Universidad Nacional de Colombia, en el año de 1938.

Palabras clave: ciudad, estadios de fútbol, historia del deporte, universidad.

Artículo de reflexión.

Recibido: 31 de marzo del 2013. Aceptado: 29 de mayo del 2013.

* Este trabajo parte de mi ponencia titulada *El deporte en la transformación socio-urbana en Colombia: 1930-1938*, presentada en el XVI Congreso Colombiano de Historiadores, organizado por la Universidad Surcolombiana y la Asociación Colombiana de Historiadores en octubre de 2012 en la ciudad de Neiva. Sin embargo, la profundización de ciertos aspectos le dan un giro y contenido diferentes a la ponencia original.

** Historiador de la Universidad Nacional de Colombia. Presidente de la Asociación Colombiana de Investigación y Estudios Sociales del Deporte (Asciende). Integrante del grupo de trabajo y generación de documentos en y para el Ajuste de la Política Pública del Deporte, Recreación y Actividad Física para Bogotá. Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte-Universidad Distrital Francisco José de Caldas (2012-2013).

Correo electrónico: conspiraciond@gmail.com

Abstract

The introduction of sports in societies undergoing modernization processes is a complex phenomenon in which various social, historical, and cultural factors intervene. In recent years, an increasing need to research sports scientifically has been observed in Colombia. This text hopes to make a contribution in that sense by studying two architectural landmarks that were built simultaneously in 1938 and were important both for the development of sports and for the urban redesign of Bogotá: the Nemesio Camacho “El Campín” stadium and the Alfonso López stadium of the Universidad Nacional de Colombia.

Keywords: city, soccer stadiums, history of sports, university.

Introducción

Los precursores de los estudios socioculturales del deporte reunidos en la Asociación Colombiana de Investigación y Estudios Sociales del Deporte (Asciende), de la cual soy miembro desde 2011, se atrevieron en 2009, durante la “Cátedra Gaitán: Sociología 50 años”, a dar unas pinceladas sobre las circunstancias políticas que enmarcaron la construcción del estadio Nemesio Camacho “El Campín” y el estadio Alfonso López, de la Ciudad Universitaria de Bogotá. En esa ocasión, se decía lo siguiente:

Frente al deporte, baste dar algunas indicaciones: [...] la construcción del estadio de la Universidad Nacional (parte de un complejo proyecto polideportivo) obedeció a la idea inglesa, perfeccionada por la tradición norteamericana, de un campus donde la energía de la juventud se canalizara en la combinación de estudio y agonismo sublimado por el deporte, que de hecho es la base en todos los campus en esos países [...]. Por el contrario nada menos que Jorge Eliécer Gaitán, con su visión populista y como alcalde de Bogotá, decidió la controversia por el rumbo del deporte al insistir, contra la idea del gobierno, en poner un polo popular alternativo al deporte de la capital, con la creación del estadio Nemesio Camacho, más conocido como El Campín. Fue una decisión de encrucijada. (Qutián, 2009, p. 3)

El hecho de que 75 años después de su construcción estos escenarios sigan siendo los de mayor aforo dentro de los cuatro más importantes con los que cuenta Bogotá¹, me inspiró a investigar más profundamente sobre su origen.

Previo a la creación de estos estadios, discurrió un largo proceso histórico que tuvo que ver con las circunstancias sociales por las que atravesó el país durante los primeros treinta y ocho años del siglo xx y con la elaboración discursiva en torno a la importancia del deporte.

1. Los otros dos serían el estadio Metropolitano de Techo y el parque estadio Olaya Herrera.

Contextualización histórica

Hay que decir que los deportes modernos fueron importados por las élites. La fundación del Polo Club en 1896 significó la inserción en Bogotá de deportes tales como el fútbol, el tenis y el polo. En 1916 se creó el Country Club, desde donde se consolidó el golf en Colombia (Ruiz, 2010, p. 36). Estos espacios de sociabilidad buscaban generar un clima de confianza y distensión entre las clases dominantes de las diferentes ciudades del país, con el objetivo de hacer negocios, acuerdos políticos, etc. Constituyeron, además, un elemento nuevo dentro del espacio urbano capitalino.

Complementariamente, en 1903, después de finalizada la Guerra de los Mil Días, se legisló —por primera vez en el siglo xx— sobre educación física en el ámbito nacional. Ahí “confluyeron los intereses higiénicos con la necesidad del fortalecimiento físico [de la población]” (Pedraza, 1999, p. 198), como claramente lo especifica el artículo 62, de la Ley 39 de 1903 (Congreso de la República de Colombia, 1903), que se pondría en marcha mediante el Decreto 419, del 3 de julio de 1904 (Congreso de la República de Colombia, 1904), poco tiempo después de la pérdida de Panamá. Con lo anterior se puede ver, para estos años, una diferenciación social: el deporte para las élites y la educación física para el conjunto de la población. Esta condición estuvo vigente hasta la expedición de la Ley 80 de 1925 (Congreso de la República de Colombia, 1925), cuando se legisla la primera ley de deportes en la historia de Colombia, dirigida al conjunto de la población.

La ley fue necesaria gracias a las diferentes preocupaciones que emergieron de manera decisiva desde distintos sectores de la población: 1) el arribo a Colombia de la pedagogía moderna y la escuela nueva, con el Gimnasio Moderno a la cabeza; 2) la modernización de la educación religiosa en espacios populares de colegios como las instituciones de La Salle; 3) la importancia del deporte para la higiene, impulsado desde la medicina, y 4) el debate sobre la raza y la importancia de evitar su “degeneración” por medio del deporte (Ruiz, 2010). A esto habría que añadir la necesidad de buscar un entretenimiento “sano” para la población que la alejara de los vicios, la chicha y las “malas prácticas” en el uso del tiempo libre, pues también al deporte se le entendía como una extensión del tiempo de trabajo (Morales, 2011, p. 15). En esa época, el deporte se vio como uno de los eslabones fundamentales en el desarrollo de una sociedad moderna en Colombia, pues “valores [como] el espíritu de equipo, la voluntad de vencer y la disciplina del entrenamiento [fueron] considerados parte de la sociedad capitalista” (Morales, 2011, p. 17).

A los anteriores factores habría que agregar la presión que ejerció la prensa. Por ejemplo, la revista *Cromos*, que desde su fundación en 1916 defendía la pedagogía moderna; o *El Tiempo*, diario en el que “aparece por primera vez una Página Deportiva en [...] 1924” (Ruiz, 2010, p. 114). Todos los partidarios de la nueva pedagogía coincidían en el objetivo de forjar un hombre “moderno”, productivo y saludable para los fines que la sociedad perseguía. A esto sumaríamos que la sociedad civil se comienza

a reunir con el fin de organizar el deporte a mayor escala, hecho que se demuestra con el nacimiento del Comité de Boxeo de Cundinamarca, en 1921. “A esta organización se le suma[rán] la Asociación Nacional de Tenis en 1923 y la fundación de la Asociación Deportiva Nacional en septiembre de 1924” (Ruiz, 2010, p. 112). Todo lo anterior constituye el nacimiento, en términos de Pierre Bourdieu, de un “campo” específico: el del deporte (Ruiz, 2010, p. 114).

Pero no valía mucho la pena hablar de deportes si no se construían espacios aptos para sus prácticas, orientados a la población en su conjunto. En ese sentido, se puede hablar de lugares para sus prácticas que, para los años veinte en Bogotá, eran:

[...] el *ground* de la Magdalena, el Luna Park, el *ground* del polo, el campo de Santa Ana, [...] el campo de La Merced, el hipódromo, el *ground* del América Sports Club y el *ground* del Country Club, [lugares donde se practicaban] hípica, fútbol, tenis, boxeo, esgrima, polo, golf, ciclismo, atletismo, baloncesto. (Morales, 2011, p. 18)

Sin embargo, estos espacios eran en su mayoría lugares para el esparcimiento de las élites, aunque ya se empiezan a socializar entre las diferentes clases sociales. Quizá, para afirmar esto último estaría bien recordar que el Teatro Olimpia cumplió una función especial, en la medida en que propició el desarrollo del boxeo a partir de los años veinte entre las clases populares, como práctica y como espectáculo.

Retomando lo hasta aquí estudiado, cabe afirmar que durante las primeras décadas del siglo xx se asiste a un proceso muy interesante, identificado por el sociólogo Jorge Ruiz: al ir reuniendo distintos deportes y distintas regiones en las “olimpiadas nacionales” de 1924 y 1926, las élites urbanas a nivel nacional convocadas por la Junta Patriótica de los Clubs construían una imagen de la nacionalidad con la cual se identificaban, al mismo tiempo que se excluían los sectores populares, todo lo cual constituía una metonimia de lo nacional. Ruiz (2010) concluye, con base lo anterior, que “la expresión pública del deporte a través de los clubes sociales es lo que permite a la burguesía nacional comunicar a las clases populares su posición de élite” (p. 51).

Evidentemente, todo esto fue posible gracias a que durante las tres primeras décadas del siglo xx Colombia experimentó un importante crecimiento económico gracias a la bonanza del café como principal producto agrícola de exportación. Debido a un acuerdo entre las élites colombianas en este contexto, se resolvieron los conflictos ya no por las armas, como había sido costumbre durante el siglo xix, sino a través de mecanismos más pacíficos, dentro de los cuales el deporte cumpliría un papel relevante, “civilizador”, en términos de Norbert Elias (Benninghoff, 2001). Esta situación fue evidente, sobre todo, con la celebración del primer centenario de la independencia de Colombia, que significó una revisión y un replanteamiento de la construcción que se había hecho

del país, y también de la reforma constitucional de 1910, que acordó una participación minoritaria del liberalismo en el gobierno.

Desde el punto de vista económico, el notable desarrollo del café y del banano, de los textiles y de la cerveza, etc., contribuyó al crecimiento económico y demográfico, así como al crecimiento de las ciudades, gracias también a mejoras incipientes en higiene y salud: “a comienzos del siglo xx, Bogotá contaba con unos 100.000 habitantes, Medellín con la mitad aproximadamente; treinta años más tarde, los habitantes de ambas ciudades se habían triplicado” (Arias, 2011, p. 19). Durante los años veinte, el crecimiento económico del país mejoró de una manera sobresaliente: “la economía creció a una tasa media cercana al 7% anual entre 1920 y 1929” (Kalmanovitz, 2010, p. 122). Esto se logró por las razones que ya hemos citado, pero también gracias a la indemnización estadounidense por la pérdida de Panamá y al impacto de la Misión Kemmerer en la reorganización fiscal del país. Este periodo se conoció como “la prosperidad al debe”, por la enorme cantidad de préstamos que se adquirieron (Arango, 1993, p. 133). Todo esto contribuyó, dentro de un contexto macroestructural, al crecimiento del deporte y los espacios para su práctica durante esa década.

Los años treinta

En 1930 llegó a la presidencia el partido liberal, bajo la égida de Olaya Herrera y en medio de los efectos de la Gran Depresión económica de 1929, que lógicamente afectó el desarrollo de Colombia. Olaya Herrera recibió un país con los sectores populares exaltados, organizados en movimientos sociales que se habían venido desarrollado durante la República Conservadora debido a las malas condiciones laborales (Archila, 1991). Olaya intentó hacer un gobierno moderado en coalición con los conservadores para superar la inestabilidad en que se encontraba el país. Durante su presidencia, se dio la única guerra internacional en la historia del siglo xx en Colombia, la que enfrentó con el Perú entre 1932 y 1933. Este hecho le dio al gobierno un respaldo de “unidad nacional” que posibilitó el desarrollo “exitoso” de sus labores (Bushnell, 1996). Finalmente, para recuperar a Colombia de la Gran Depresión, el Estado optó por devaluar el peso, imponer controles cambiarios y reajustar los aranceles, todo con el fin de hacer competitivas las exportaciones nacionales. En otro orden de medidas, Olaya Herrera se acercó a los Estados Unidos y mantuvo los servicios de deuda externa abiertos, lo que posibilitó que “los banqueros de Wall Street [sacaran] a Colombia de las dificultades de la gran depresión con nuevos préstamos” (Bushnell, 1996, p. 253). Con esta serie de disposiciones, Colombia había superado, para 1932, los rigores más difíciles de la crisis.

En el ámbito del deporte, la ya citada Ley 80 de 1925 (Congreso de la República de Colombia, 1925) posibilitó la realización de los Juegos Olímpicos Nacionales, dirigidos al conjunto de la población y celebrados por primera vez en Cali en 1928, “seguidos por los segundos en Medellín

en 1932, los terceros en Barranquilla en 1935 y los cuartos en 1936 en Manizales” (Forero, 1989, p. 354). La intensa frecuencia de esta clase de eventos evidencia la fe que se tenía puesta en el deporte para el desarrollo de la nación. Estos juegos propulsaron, además, la construcción de infraestructuras aptas para los deportes, tanto para su práctica como para su espectáculo. Tal fue el caso del estadio de Versalles en Cali, al que según el historiador Luciano López (2004, p. 53), le cabían 11.000 espectadores; el del estadio municipal de Barranquilla (hoy, Romelio Martínez), que tenía un aforo en 1935 de 7.000 personas, o del estadio Palogrande, de Manizales, concluido para los juegos de 1936.

Sin embargo, dado que la Ley 80 de 1925 (Congreso de la República de Colombia, 1925) no se había puesto en marcha como se debía, se reglamentó por medio del Decreto 1734 del 19 de octubre de 1933 (Congreso de la República de Colombia, 1933). Algunos departamentos acogieron este decreto con optimismo. Por ejemplo, el departamento de Santander lo consideró como una necesidad urgente para “prevenir la degeneración de la raza”. Se consideraron a la altura del reto, pues “hoy cuenta esta ciudad con un [...] estadio” (AGN, 1933c, f. 14). Quizá, y con cierta antelación, los huilenses se sentían igual de preparados en términos de organización, aunque con nulos desarrollos en infraestructura. Allí se había instaurado la Junta Departamental de Educación Física “para celebrar la fiesta de la raza” por medio del Decreto 43 de 1931 (Archivo General de la Nación —en adelante, AGN—, 1931, f. 4). Otras regiones asumieron el decreto con pesimismo, como Chocó, ya que “la labor de Educación Física se ha reducido a la gimnasia y movimientos militares [...] se carece de elementos para desarrollar otras actividades, pues ni la intendencia, ni la nación, ni los municipios han podido suministrar ni siquiera los más usuales” (AGN, 1933b, f. 16). O Nariño, donde se decía que “en las escuelas primarias no hay propiamente equipos [...] deportivos debido a que la generalidad de los alumnos y de las alumnas pertenecen a las clases que no les permiten los recursos. Las escuelas carecen de canchas” (AGN, 1933a, f. 24). Sin embargo, se nombraba a la Universidad de Nariño, donde había equipos de fútbol, basquetbol y tenis. Finalmente, se puede decir que la mayoría de departamentos se encontraba en la misma situación del Tolima, donde la educación física había sido introducida por militares. La única institución educativa de esa región donde se practicaban deportes, como el fútbol y el básquet, era el Colegio San Simón (AGN, 1934d, f. 33).

Mientras tanto, en Bogotá se comenzó a construir una infraestructura que fomentara la práctica de los deportes para la población en general. En 1934 se inauguraron una cancha de fútbol y una pista de atletismo en el barrio Acevedo Tejada, al lado de la futura Universidad Nacional de Colombia. La pista era de vidrio de botellas molidas y no contaba con graderías para los espectadores (Zambrano, 2002; Galvis, 2011). También en 1934 se inauguró el Parque Nacional (actualmente llamado Enrique Olaya Herrera) donde “se construyeron canchas de tenis, baloncesto, patinaje, [...] gimnasios, [...] con el fin de promover la recreación de la gente” (Zambrano, 2002).

Como se puede ver, el proceso del deporte durante los primeros cuatro años de la década del treinta fue desbalanceado, no solo entre las élites y los sectores populares, sino entre los diferentes departamentos de Colombia. No obstante, es importante anotar que los juegos nacionales jugaron un papel significativo en la interrelación e integración de las diferentes regiones del país, así como en la construcción de infraestructura para sus prácticas. Se puede decir, para esta parte del artículo, que el desarrollo del deporte en el periodo 1930-1934 fue sostenido y potente, en parte por el citado proceso social que venía desde comienzos de siglo y en parte a causa de las olimpiadas nacionales.

“La Revolución en Marcha” ¿también en el deporte?

En 1934, Alfonso López Pumarejo asumió la presidencia de la República, prometiendo una serie de políticas progresistas que impulsarían a Colombia a un nivel de desarrollo acorde con las condiciones de la modernidad. López, debido al ascenso político de los sectores más desfavorecidos, comenzó a reconocer los derechos laborales por los caminos constitucionales mediante una reforma liberal a la Constitución conservadora de Caro y Núñez. No optó por la vía populista ni por la del Frente Popular, ya que el líder de la República Liberal era un demócrata republicano burgués, “[un] librecambista [...] ortodoxo en el manejo de la Hacienda pública, [que] fustigó el proteccionismo concentrador del privilegio” (Palacios, 2002, p. 537). Con López, se inician dos de las más importantes modernizaciones al sistema educativo: las reorganizaciones de la Escuela Normal Superior y la de la Universidad Nacional (Congreso de la República de Colombia, 1935). También se crearon establecimientos educativos de primaria y secundaria que dejaron de ser un monopolio de la iglesia y se comenzaron a introducir las escuelas mixtas. Se llevó a cabo una reforma que optó por la pedagogía moderna y se procuró difundir la lectura y la cultura por todo el país a través de la Campaña de Cultura Aldeana y de fomento a las bibliotecas; al tiempo que, de forma complementaria, se buscó rescatar lo popular como “pieza clave en el proyecto de construcción de un arte y una cultura nacionales” (Silva, 2005, p. 25). Además, se introdujo una reforma tributaria de impuestos progresivos sobre la renta y se propuso una reforma agraria (Congreso de la República de Colombia, 1936), consistente en expropiar tierras improductivas de latifundios para asignarlas a pequeños campesinos. Finalmente, se impulsaron las relaciones exteriores a niveles no conocidos hasta esa época en Colombia, intentado complementar el *respice polum* de la Hegemonía Conservadora al poner en marcha relaciones más cordiales con nuestros vecinos para evitar guerras como la del Perú (Hernández, 2010).

A López le interesaba, como hemos visto, integrar los diferentes sectores de la población en el conjunto de la nación. Con esto, buscaba paz en la sociedad a través de una cohesión nacional por encima de las clases sociales y asegurar fuertes mayorías para el Partido Liberal —esto se evidencia en la reforma constitucional ya mencionada, donde introdujo

el voto universal masculino—. Con ese norte, se distanció del discurso racista y racialista de su contraparte conservadora, representada por Laureano Gómez, quien argumentaba en 1928 que Colombia estaba compuesta por “razas primitivas” como la indígena y la negra y, retomando a Otto Amon, que el cruce de estas las degeneraba, además de considerar la raza hispánica como decadente. Ante estos argumentos —que no daban solución a los problemas nacionales—, López contestó que “las afirmaciones sobre la endebles de nuestro pueblo, sobre las condiciones climatológicas en que este se desenvuelve, sobre la riqueza o miseria [...] son hipótesis sin comprobación” (Barrero, 2009, p. 23); a lo que agregaba “si la nación ha resistido [...] es porque hay en el pueblo virtudes insospechadas que lo alientan, estimulan y fortalecen, mientras soporta [...] las contradicciones y errores de las clases dirigentes” (Silva, 2005, p. 23). En este sentido, las políticas del gobierno, al menos en teoría, vendrían a cumplir las necesidades de la población. Decimos “en teoría” porque algunas de estas reformas no pudieron completarse o tan siquiera aplicarse —como la Ley 200 de 1936— (Vega, 1998), sobre todo a causa de “la pausa” de la “revolución”, decretada a comienzos de 1937, que coincidió con la salida de Gaitán de la Alcaldía de Bogotá. En todo caso, esta forma de ver el tema de la raza se anudaría con una creencia en el deporte como un mecanismo para mejorar las condiciones de vida de la población.

El deporte y la olimpiada de Berlín, 1936

Aunque desde Ámsterdam 1928 se venía hablando de la participación de Colombia en una olimpiada (Morales, 2011) no fue sino hasta Los Ángeles 1932 cuando un colombiano, Jorge Perry Villate, participó por primera vez. Ante la inexistencia de un comité olímpico colombiano, Perry solicitó al Comité Olímpico Internacional (COI) su asistencia a las justas para concursar en la prueba de maratón (42 km). El COI aceptó y Perry compitió, pero al no medir bien sus fuerzas, abandonó la prueba en el km 10. A pesar de esto, el gobierno lo designó como vicecónsul en Los Ángeles (Araujo, 2004), y tiempo después volvió a Colombia para impulsar el atletismo nacional. Cuando Jorge Perry retornó al país el atletismo había adquirido una prelación tan alta como la del fútbol, que siempre tuvo una amplia aceptación en el interior de las diferentes clases sociales. La gesta del boyacense tuvo repercusiones notables, en la medida en que la prensa comenzó a registrar, seguir y hacer crónicas del atletismo, tratándolo casi como el deporte más importante en Colombia durante aquellos años. Esta campaña se intensificaría conforme la olimpiada de 1936 se iba acercando.

Para ir a Berlín 1936 fue importante la participación en certámenes competitivos, gracias a las nuevas asociaciones deportivas. Esta iniciativa partió de los clubes atléticos que no paraban de crearse: en 1929, la Unión Atlética Independiente, y entre 1935 y 1936, el Club Deportivo la Corona, el Red Star, la Unión Deportiva Obrera, el Club Independiente, la Unión Azurra y el Club España, entre otros, en su mayoría integrados

ya no por las élites, sino por los sectores medios y populares. En cuanto a los aportes para ir a los juegos, se puede notar una participación de la empresa privada con las donaciones de Casa Toro, la fábrica de calzados La Corona, Panaderías Palace y la Litografía Colombia; de los diarios nacionales, en concreto *El Espectador* y *El Tiempo*; en el ámbito internacional, con el Consulado Alemán (que le interesaba nuestra participación en las justas, ante el boicot liderado desde distintos frentes contra los nazis) y Universal Pictures. Desde el ámbito público, las donaciones más cuantiosas fueron la de la Alcaldía de Jorge Eliécer Gaitán y la del gobierno de Alfonso López Pumarejo, a las cuales se sumó también la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional (Hernández, 2012).

Pese a la amplia participación, los recursos resultaron escasos, y al volver, los atletas Emilio Torres, Hugo Acosta, José Domingo Sánchez, Pedro del Vecchio, Campo Elías Gutiérrez y Hernando Navarrete se quejaron al respecto. Lo cierto es que el talento y empuje de los atletas —unos costeños y otros cundiboyacences, provenientes en su mayoría de los sectores desfavorecidos— y también el empeño y la claridad de los dirigentes deportivos —Alberto Nariño Cheyne y Julio Gerlein Comelin— indujeron a que los diferentes sectores de la sociedad, a través de la prensa, hicieran una causa nacional en pro de la participación en los juegos. Presionaron a los diferentes estamentos de la sociedad, incluyendo el gobierno, con un éxito que se evidencia en sus aportes económicos y la creación del Instituto Nacional de Educación Física (INEF) el 25 de junio de 1936, propio de la fe en la educación de López. Estos factores presionaron la creación del Comité Olímpico Colombiano (COC), que se protocolizó en julio del mismo año, justo cuando los atletas viajaban, de manera heroica, en un barco rumbo al sueño inaugural de la primera representación deportiva oficial en un torneo internacional (Hernández, 2010).

Por esto último, escogemos 1936 como el momento de demarcación del “campo” deportivo en Colombia, ya que aunque se había avanzado de manera significativa durante las tres primeras décadas, fue en este momento, gracias a las condiciones sociales, que se posibilitó la construcción del campo, con un conjunto de instituciones privadas y la Ley 80 (Congreso de la República de Colombia, 1925), que se reglamentó en 1933 con el Decreto 1734 (Congreso de la República de Colombia, 1933). En este sentido, incluimos el avance de los juegos nacionales, ya no restringidos a las élites, sino incluyendo a los sectores populares —como se evidencia en los atletas que nos representaron en Berlín—. Pero lo más importante para definir el campo en 1936, además de la creación del COC, que institucionalizó el deporte de alta competencia a nivel nacional y lo insertó en la órbita internacional, es la creación del INEF, que significó el nacimiento de una entidad específicamente dedicada al estudio del deporte, que entre otras cosas importó un conjunto de especialistas en la materia. La reunión de todos estos factores nos permite concluir la clara delimitación del nuevo campo, en los términos de Pierre Bourdieu (1990, p. 194).

Consecuencias directas del viaje a Berlín 1936: la construcción de los estadios

Luego de Berlín 1936, se dieron algunas protestas debido a que no se obtuvieron medallas. Ante ello, el fondista bogotano Hugo Acosta dijo: “Se fracasó [porque en Colombia] no hay deporte, no hay donde ni medios para hacerlo, y en último término no se cuenta ni siquiera con estímulo” (*La Razón*, 9 de septiembre de 1936)². Finalmente, afirmó que aquí no había campos deportivos que merecieran ese nombre. Y tenía razón, porque la primera fecha de eliminatorias a Berlín 1936 se había realizado en el Hipódromo de Chapinero y, la segunda, en la modesta pista atlética del barrio Acevedo Tejada.

Sin embargo, en términos organizativos, el resultado más importante que se obtuvo de la participación en los Juegos de Berlín fue la aceptación de la propuesta, llevada por Alberto Nariño Cheyne ante el Comité Olímpico Internacional, de realizar los primeros Juegos Bolivarianos en 1938. Para 1936, el deporte en Colombia había cumplido las etapas iniciales de su desarrollo, y por lo mismo el país se sentía en condiciones de organizar un evento internacional que estuviera a la altura de la celebración del cuarto centenario de la fundación de Bogotá, que se cumpliría en 1938. Como su nombre lo indica, se buscaba con ese evento generar relaciones amistosas con el vecindario y promover una integración más sólida cuya arista más visible se expresaba en el deporte.

La idea no había sido concebida de manera original por el país, pues ya Ecuador la había puesto sobre la mesa. En carta del 29 de junio de 1934, la Federación Deportiva Nacional de Ecuador se dirigía al gobierno de Colombia en los siguientes términos: “nos apresuramos en participarles que esa corporación, acordó auspiciar ampliamente una Olimpiada Bolivariana [...] uno de los principales números que realizará la conmemoración del IV centenario de la fundación de esta ciudad, o sea el 25 de julio de 1935 y la construcción de un Estadio Modelo” (AGN, 1934e, f. 35).

El evento al que nos invitaba el país hermano no se realizó, pero de esta carta se puede concluir que nos aportó no solo la idea de hacer una “Olimpiada Bolivariana”, sino la de construir un estadio modelo para la capital del país. Bogotá respondió a esa necesidad no solo con la construcción de uno, sino de dos: el estadio de la Ciudad Universitaria, hoy Alfonso López, y el estadio Nemesio Camacho El Campín.

La población en la ciudad capital crecía a pasos agigantados: en 1913 tenía 140.000 habitantes pero para 1938 había llegado a 370.000 (Téllez, 1936). Esto había sido posible gracias a la ausencia de guerras y a mejoras, aún modestas, en salud y en educación, pero sobre todo a la atracción que fue ganando la ciudad sobre los habitantes rurales, propia de sociedades que entran en un proceso de modernización. El crecimiento de la ciudad justificaba una planeación adecuada y para ello fue contratado

2. No se dispone del número de página de esta referencia, debido a que se obtuvo mediante un recorte de prensa que hizo mi abuelo, el atleta colombiano Hugo Acosta.

el arquitecto alemán Karl Brunner, quien desde 1932 se dio a la tarea de elaborar un planeamiento urbano de la ciudad. En ese sentido, diseñó el Paseo Bolívar (1935), planeado para el cuarto centenario en los cerros orientales —paseo que no se terminó de construir, pero que contemplaba importantes espacios de recreación y deportes—. En el mismo plan entra el barrio Centenario, pensado para las familias que habitaban el Paseo Bolívar y la primera etapa de la Avenida Caracas (1935). Brunner diseñó también las urbanizaciones de Bosque Izquierdo, el Gaitán, Santa Lucía y, por supuesto, El Campín (Arango, 1993, p. 199). Bogotá contaba, por fin, con un planeador capaz de pensar la ciudad moderna sin el sacrificio de los espacios verdes. Una prueba de ello es el Park Way, aunque en su momento fue pensado como límite de la ciudad.

Estadio Nemesio Camacho El Campín

Dentro del proceso legislativo orientado al fomento del deporte, encontramos un anticipo de esta obra en la Ley 12 de 1934, que reorganiza el Ministerio de Educación. En uno de sus artículos se crea la “Dirección Nacional de Educación Física en armonía con lo dispuesto en la Ley 80 de 1925” (AGN, 1934a, f. 91). Esta ley crea el marco jurídico que posibilita, el 10 de septiembre del mismo año, que el Concejo de la ciudad nombre “una comisión que se entienda con la Comisión Nacional de Educación Física (CNEF) con el fin de estudiar el procedimiento que debe adoptarse para llevar a cabo la creación del Estadio Nacional” (AGN, 1934c, f. 50). La moción fue aprobada y poco después se designó para esta labor a los concejales Ricardo Zapata, Diego Montaña Cuellar, quien luego fue alcalde de la ciudad, y Rafael Garzón Fina.

Más adelante, y con el ánimo de acelerar el proceso, el 17 de noviembre se le dirige un comunicado al alcalde de la ciudad de ese momento, Julio Pardo Dávila, en donde la CNEF pide “a la Junta Pro Centenario de la ciudad que incluya en los proyectos de obras urbanas el de un Estadiúm (sic) o plaza de deportes, con un presupuesto mínimo de \$400.000 (cuatrocientos mil pesos)” (AGN, 1934b, f. 59).

Ya el 27 de febrero de 1935, la Junta Pro Estadio de Bogotá se dirige al Ministerio de Educación, diciéndole que había nombrado una comisión encargada de proyectar un estadio. La junta quedó integrada “por el doctor Carlos García Padilla, el sr alcalde, o el secretario de obras públicas y el profesor Karl Brunnner” (AGN, 1935a, f. 11). El 15 de marzo del mismo año, la CNEF se dirige al señor alcalde acerca del tema del estadio: “Sobre este se entregarán estudios y conclusiones oportunamente a la Junta Pro Centenario. Carlos García Prada, rector de las universidades nacionales, expondrá las ideas fundamentales que se deben tener en cuenta sobre plazas de deportes” (AGN, 1935b, f. 13). A partir de la entrega de los estudios y conclusiones, la labor continuaría en manos del Comité General Pro Centenario. Es entonces cuando el Concejo de la Ciudad de Bogotá decide redactar el “Acuerdo 12 de 1935” (Zambrano, 2002, p. 5), que ordena la construcción del estadio.

Después de que el concejo aprobara la construcción del estadio, el presidente Alfonso López Pumarejo propuso que esta se debía llevar a cabo en la Ciudad Universitaria ya que, según Germán Zea (1987) —quien fue alcalde de Bogotá durante la presidencia de Eduardo Santos—: “López creía que Bogotá debía vincularse estrechamente a la vida de la universidad y opinaba que mantener el estadio dentro de esta última era un buen pretexto para lograrlo” (p. 34). Sin embargo, esta propuesta encontró un contradictor inesperado. En el otro lado del *ring* apareció Jorge Eliécer Gaitán, quien defendió la idea de construir el estadio, no para la academia, que lo consideraría como propio, sino para el conjunto de la población bogotana. Empero, al poco tiempo Gaitán menguó el tono polémico, cuando se dio la donación del terreno para la construcción del estadio de Bogotá (Zea, 1987, p. 34).

Entre los documentos del Ministerio de Educación que examinamos, solo volvemos a saber del proyecto de construcción de El Campín hasta el 3 de enero de 1936, cuando la CNEF le comunica al ministro de educación, Jorge Zalamea, que “Don Luis Camacho M. [aliado de la causa de Gaitán] ha cedido gratuitamente a Bogotá 43 fanegadas para construir el Estádium (sic)” (AGN, 1936, f. 13). Acto seguido, el 6 de febrero, se tramita la donación de los terrenos. En un gesto de reciprocidad el Concejo le expide una carta de agradecimiento en donde le informa que el estadio llevará el nombre de su padre, Nemesio Camacho. Ante el gesto de generosidad del empresario, la clase trabajadora decidió no quedarse atrás y por ello la Unión Deportiva Obrera (UDO) aprobó por unanimidad en su sesión del día seis de febrero una “donación hecha para el estadio de Bogotá”. En sesión del 14 de febrero, el Concejo rechaza la oferta diciendo que “por disposición presidencial se [la] ordenó archivar”. (Archivo Distrital de Bogotá —en adelante, ADB—, 1936; Hernández, 2010, p. 45).

Al llegar a la alcaldía, Jorge Eliécer Gaitán, quien había sido nombrado por López, quizá para cooptarlo y también para limar asperezas, mostró rápidamente su interés en disputarle el liderazgo en el desarrollo del deporte. Así, impulsó una marcha deportiva de 6.000 atletas que terminó en el palacio presidencial (*El Tiempo*, 24 de octubre de 1936, p. 1), que buscaba afianzar los lazos con López. En su plan de gobierno emprendió la construcción de escenarios deportivos para los pobres: un gimnasio popular en San Cristóbal “a donde [puedan] tener acceso todos los elementos del pueblo y los niños de las escuelas públicas, en forma enteramente gratuita [...] el proyecto comprende la apertura de varios campos de deportes, canchas de fútbol, tenis y basquetbol” (*El Tiempo*, 9 de octubre de 1936, p. 7). De otra parte, el 12 de octubre, día de la raza, 2000 estudiantes marcharon por la Séptima hasta llegar a la Plaza de Bolívar gritando: “¡estadio, estadio, estadio!” (Carvajal, 2006). La consigna se explicaba por el hecho previo de que el 14 de agosto del mismo año Gaitán había revivido la construcción del estadio El Campín al expedir el Decreto 268, que asignaba 350.000 pesos para la construcción del estadio de la ciudad (ADB, 1936). En este contexto, para el 25 de enero de 1937,

tal como se observa en una entrevista a Karl Brunner concedida para el diario *El Tiempo*, la alcaldía había resuelto prolongarle el contrato por veinte meses más para que pudiera completar los proyectos de desarrollo urbano, entre los cuales El Campín ocupaba un lugar prominente. En la misma entrevista, informaba que los planes originales del estadio habían sido cambiados, debido a las limitaciones financieras de Bogotá, pero aclaraba que podía ser ampliado en el futuro. Explicaba, además, que el estadio sería construido 2,8 metros más abajo del nivel normal para hacerlo más barato, porque con la tierra escavada se comenzaría la construcción de las graderías; por otro lado, esto garantizaría un mejor acondicionamiento para la grama porque el campo estaría más húmedo. Otros cambios serían la orientación de sur a norte, tal como está situado hoy, para que el sol no le diera de frente a los jugadores. Según el nuevo diseño, el estadio tendría una capacidad para 22.000 espectadores, y se pensaba reservar un espacio para restaurantes escolares, que finalmente no se realizó³. Sin embargo, el diseño final del estadio no fue realizado por el urbanista alemán, sino que se le encargó a Federico Leder Müller, y la construcción de la obra, a Rafael Arciniegas (*El Tiempo*, 28 de mayo de 1938, p. 9). Gaitán finalmente no pudo disfrutar de la inauguración del estadio a causa de la renuncia a la alcaldía, que debió presentar motivado por el paro de taxistas de febrero de 1937.

Estadio Alfonso López Pumarejo

La reforma constitucional de 1936 retiró el artículo de la Constitución de 1886, que ordenaba que la educación debiera regirse bajo los parámetros de la Iglesia Católica. Ahora, el Estado se convierte en el máximo regulador de la educación en Colombia, y aunque no le suprime los derechos de impartir educación a la Iglesia Católica, sí da un paso muy importante en la incipiente secularización de nuestra sociedad (Jaramillo, 2007, p. 5). En este contexto, el gobierno de Alfonso López tomó la decisión de reorganizar la Universidad Nacional de Colombia, con la expedición de la Ley 68 de 1935 (Congreso de la República de Colombia, 1935), que le otorgó personería jurídica, autonomía universitaria relativa y la dotó de un campus. Esta nueva idea de universidad estaba orientada a formar sujetos acordes con las necesidades nacionales y capaces de abocar al país a la modernidad, fortificados por el principio de libertad de cátedra. En este sentido, se buscaba darle más poder a la educación laica y estatal y con ello brindar espacios educativos de nivel superior a las clases medias y bajas, en concordancia con mecanismos de movilidad social; en síntesis, brindarle al país profesionales capacitados para resolver los problemas de Colombia desde una perspectiva científica (Jaramillo, 2007, p. 11).

Según el inmigrante español Luis de Zulueta, “cuatro fines tenía la universidad moderna: el científico, el humanista, el profesional y el social;

3. Agradezco a la historiadora Ana Lucía González el hallazgo de esta última información en el diario *El Tiempo*.

o sea crear y producir ciencia, formar la juventud, preparar para el ejercicio de las profesiones e influir en la vida social del país” (Niño, 2003, p. 172). En ese sentido, y acorde con el proceso histórico de la inserción de la pedagogía activa y la escuela nueva, “el estudiante sería considerado ya no solamente como un individuo que escucha conferencias y presenta exámenes, sino un ser humano en formación; debían dársele las mejores oportunidades para el desarrollo mental, intelectual, fisiológico y social” (Niño, 2003, p. 172); con lo que del “interés por la vida extrauniversitaria surgía la idea de considerar no solo las aulas de enseñanza y la dirección sino también gimnasios, centros de cultura física, auditorios, lugares de esparcimiento y residencias para estudiantes” (Niño, 2003, p. 172).

En este marco histórico y discursivo, se inicia la construcción de la ciudad universitaria. Puesto en marcha el proceso, lo primero que hizo el gobierno fue comprar los predios necesarios para la construcción de la Ciudad Universitaria a José Joaquín Vargas, propietario de la hacienda El Salitre (Niño, 2003, p. 173). La propuesta inicial que se presentó para realizar el proyecto arquitectónico fue la del mexicano Luis Prieto Souza, quien a comienzos de 1936 fue contratado por el gobierno nacional. Este proyecto agrupaba “las actividades en secciones: centro universitario y ciencias sociales, ciencias biológicas, ciencias aplicadas, ciencias físico-matemáticas y deportes” (Niño, 2003, p. 174). Este plan fue descartado por el presidente López, debido a diferencias con el arquitecto.

Poco tiempo después, el pedagogo alemán Fritz Karsen asumió el proyecto desde un punto de vista conceptual de la siguiente manera: “determinó 14 departamentos [...] entre los cuales podemos subrayar los centros de fuerza y, de otra parte, educación física). Existirían además la administración, el aula máxima, los clubes estudiantiles, la imprenta, el gimnasio y los campos de deporte más las habitaciones para los estudiantes” (Niño, 2003, p. 173). Karsen propuso inicialmente un diseño acorde con una distribución espacial de los saberes, pero fue el arquitecto Leopoldo Rother quien resolvió el plano de la universidad a partir de la forma de un búho, recordando al animal arquetípico que acompañaba a la diosa griega de la sabiduría: Atenea (Amoroch, 1982).

En 1936 se iniciaron las obras de urbanización destinadas a la adecuación de los espacios universitarios; para abril de 1937, se empezaron las obras del Instituto Nacional de Educación Física, cuya planta integraría dos estadios, uno para el fútbol y otro para el atletismo, los dos deportes más populares en aquel momento (Niño, 2003, p. 176). Luego se fundirían en uno solo, dejando el otro espacio reservado para un diamante de béisbol que nunca se construyó, quizá porque este deporte solo se cultivaba en la Costa Caribe. Las obras del estadio Alfonso López se comenzaron en septiembre de 1937 y a partir de junio de 1938 ya se podía competir en él (Niño, 2003; Hernández, 2010).

La idea era que los escenarios hacían parte de un complejo metropolitano, un escenario abierto a la ciudad (Hernández, 2011). La dotación deportiva de la recién reconstituida Universidad Nacional incluiría además

una piscina olímpica de 50 m, cubierta y con capacidad para 8.000 espectadores; así como otra piscina de 25 m, canchas de básquet, de tenis y gimnasios. Finalmente, también se pensó en canchas de tiro, de hockey y una de polo detrás del diamante de béisbol (Hernández, 2011). El estadio de la Ciudad Universitaria, con una capacidad de 10.000 espectadores, fue estrenado formalmente el 5 de agosto de 1938 con motivo de la inauguración de los Juegos Bolivarianos en Bogotá. El estadio de la Ciudad Universitaria recibió su actual denominación “el 16 de mayo de 1939, [cuando] el presidente Santos le dio el nombre de Alfonso López, en reconocimiento al artífice principal de la Ciudad Universitaria” (Niño, 2003, p. 180).

Resulta interesante reflexionar por qué se decidió que fuera en los ojos del búho donde estuvieran los estadios; la idea, a mi modo de ver, es que estos escenarios representaban la visión de los deportes que se tenía en la época, que significaban una serie de elementos que resultaban claves para el desarrollo de la sociedad: civilidad, educación, salud, higiene, uso “sano” del tiempo libre, mejora de la “raza”. Era, en síntesis, uno de los vehículos más indicados para el desarrollo de la nación, se le tenía prácticamente idealizado. De esto también se concluye que eran los ojos-estadios, los espacios visuales mediante los cuales entrarían en un contacto más directo la universidad y la sociedad: los espectadores irían allí a disfrutar de los eventos deportivos que se realizaran en la ciudad, un poco en consonancia con lo que había pensado López.

El estadio Alfonso López era parte de un proyecto de la nación, el Nemesio Camacho fue ante todo un propósito de la capital que contó con apoyo del gobierno nacional pero que se dificultó por la inestabilidad del gobierno local. Durante el primer cuatrienio de López, desfilaron ocho alcaldes en el siguiente orden cronológico: Julio Pardo Dávila, Diego Montaña Cuellar, Jorge Merchán, Carlos Arango Vélez, Francisco José Arévalo, Jorge Eliécer Gaitán, Gonzalo Restrepo, Manuel Rueda Vargas y Gustavo Santos. Esto impedía una continuidad en las políticas del distrito, incluida la construcción del estadio.

Por su parte, el estadio de la Universidad Nacional también enfrentó dificultades de orden político, como fue el caso del pretexto que adujo Carlos Arango Vélez para su renuncia a la alcaldía, el 6 de mayo de 1936: la localización de la ciudad universitaria contribuía a la valorización de tierras aledañas de la familia presidencial, lo cual representaba “oportunismo” y “deshonestidad” (González, 2009). Gaitán, en su momento, utilizó las mismas razones de Arango para oponerse a la construcción de un escenario deportivo que rivalizaría con el de la ciudad.

A manera de conclusión

Los dos estadios se inauguraron oficialmente con una semana de diferencia. El Alfonso López fue el escenario de la apertura de los primeros Juegos Bolivarianos, el 5 de agosto, y El Campín (estrenado el 14 de agosto) fue escenario de la clausura, el 22 del mismo mes. Así como Bogotá celebró espléndidamente el primer centenario de la Independencia

con construcciones emblemáticas y parques contemplativos, no se quedó atrás cuando conmemoró el IV centenario de su fundación: junto con sus dos estadios inauguró cinco parques de recreo para niños de los barrios obreros y se fijó un plazo de cuatro años para comprar “la plaza de toros a un costo de 190.000 pesos, con el fin de utilizarla para partidos de tenis, básquetbol y conciertos” (*El Tiempo*, 15 de mayo de 1938, p. 7).

Los Juegos Bolivarianos terminaron siendo los grandes protagonistas de la celebración, lo que significó un punto culminante de un proceso de casi cuatro décadas durante el cual el deporte fue reconocido como uno de los elementos importantes para el avance del país, por sus características intrínsecas: fomentaba la higiene, la salud, la educación, el entretenimiento “sano”, la mejor forma de combatir una vida sedentaria y el mejoramiento de la “raza” y su belleza. Todos estos atributos coinciden con las exigencias de la nueva vida urbana. Así, el deporte pasó de ser algo que representaba a una élite a algo que integraba a las distintas clases de la población y a las diferentes regiones, como una especie de hermandad más allá de las unas y las otras.

El estadio representaba esa integración “uteromimética” de la que habla Gabriel Restrepo (2012, p. 29). En ese sentido, el estadio El Campín sigue siendo un “útero” acogedor, pero el Alfonso López pasó a ser un “óvulo” hermoso dentro de un “útero” mayor: el alma máter. También podemos decir que, aunque el deporte se había convertido en un entrenamiento para la población desde los años veinte, con el boxeo, y en los años treinta, con el atletismo y el fútbol, entre otros; la construcción de los estadios significó el tránsito definitivo en Bogotá hacia el deporte como espectáculo, que es quizá su característica más visible en nuestros días y constituye una de las expresiones más importantes de las sociedades modernas.

Paradójico resulta de todo esto que el deporte moderno haya hecho un tránsito, desde la Grecia clásica, donde en sus inicios el *agón* atlético tenía un carácter “elitista”, al Imperio Romano, donde se lo consideró de una manera más fuerte como un espectáculo de masas. Lo decimos teniendo en cuenta que el *otium* (palabra de la que procede *ocio*) que se ejercía asistiendo a los espectáculos del coliseo, y el *neg-otium* (negación del ocio, negocio en nuestros días) se entendían como “una parte constitutiva del hombre completo” (Gerlero, 2006)⁴. Así, quizá, lo entendieron los dirigentes de la época, como un carácter estratégico para los habitantes de la moderna Bogotá: entablar una relación de ocio y trabajo para sus ciudadanos... que con el tiempo se iría tornando en empresa.

La llegada del deporte simbolizó el arribo del progreso y la urbanidad propia de las metrópolis europeas, que la dirigencia nacional quería emular. En este contexto la construcción de estos estadios vino a aportar

4. Obviamente entendemos las diferencias entre el mundo clásico y el moderno, tal como lo indica Elias y Dunning (1992), pero estas rupturas no son totales, realmente hay una relación de continuidad- discontinuidad.

a la reconfiguración de la ciudad. Karl Brunner, teniendo en cuenta que Bogotá crecía más de sur a norte que de oriente a occidente, pensó una ciudad satélite que partía de un eje verde desde la Universidad Nacional en dirección a occidente. Esta ciudad, calculada para 50.000 o 60.000 habitantes, gozaría de una autonomía relativa con respecto a la capital, contaría con un conjunto de instituciones y espacios propios, dentro de los cuales tendría especial relevancia un nuevo estadio (Hofer, 2003, pp. 130-131). Este proyecto fue pensado a largo plazo, calculando que la ciudad alcanzara, hacia la última década del siglo xx, 900.000 habitantes (Téllez, 1936). Debido al desarrollo del occidente capitalino, podemos decir que el proyecto de Brunner se desplazó, bajo otros criterios y quizá con menor autonomía, a lo que hoy es Ciudad Salitre, donde encontramos el conjunto de parques más grande de Bogotá.

Por último, algo importante por agregar es que los dirigentes deportivos, los atletas y los gobernantes de esa época pudieron ver en el deporte su capacidad para integrar no solo al país sino a las naciones; interpretándolo como una nueva forma de diplomacia útil para estrechar los lazos y adquirir visibilidad en la lucha de prestigios dominantes en el plano internacional. En el orden de los estudios sociales del deporte queda pendiente una mirada más detenida sobre los primeros Juegos Bolivarianos de 1938 en Bogotá que merecen un estudio aparte por realizar.

Bibliografía

- Amoroch, L. (1982). *Universidad Nacional, planta física 1887-1982*. Bogotá: Ediciones Proa.
- Arango, S. (1993). *Historia de la arquitectura en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Araujo Vélez, F. (2004). *Jorge Perry*. En edición de la Biblioteca Virtual de la Luis Ángel Arango. Consultado el 10 de abril de 2010 en: <http://www.banrepultural.org/blaavirtual/biografias/perrjorg.htm>
- Archila Neira, M. (1991). *Cultura e identidad obrera. Colombia 1910-1945*. Bogotá: Cinep.
- Archivo General de la Nación [AGN]. (1931). [Departamento del Huila. Dirección General de Educación Pública.] *Gaceta oficial del Huila n.º 1060*, 3 de septiembre de 1931. Fondo Ministerio de Educación Nacional. Sección Archivo Anexo. (Anexos Varios Grupo II). Series documentales Deportes e Informes (carpeta 1, caja 1, f. 4).
- Archivo General de la Nación [AGN]. (1933a). [Documento oficial: Buendía, J. Departamento de Nariño Dirección de Educación Pública, República de Colombia.] Fondo Ministerio de Educación Nacional. Sección Archivo Anexo. (Anexos Varios Grupo II). Series documentales Deportes e Informes (carpeta 1, caja 1, f. 24).
- Archivo General de la Nación [AGN]. (1933b). [Intendencia del Chocó.] Fondo Ministerio de Educación Nacional. Sección Archivo Anexo. Series documentales, Deportes e Informes (carpeta 1, caja 1, f. 16).

- Archivo General de la Nación [AGN]. (1933c). [Jurado, P. M.] *Documento redactado al Ministerio de Educación Nacional. Bucaramanga, Dirección de Educación Pública, Departamento de Santander*. Fondo Ministerio de Educación Nacional. Sección Archivo Anexo. (Anexos Varios Grupo II). Series documentales Deportes e Informes (carpeta 1, caja 1, f. 14).
- Archivo General de la Nación [AGN]. (1934a). [Comisión Nacional de Educación Física.] *Discurso ante el Senado de la República de Colombia*. Fondo Ministerio de Educación Nacional. Sección Archivo Anexo. (Anexos Varios Grupo II). Series documentales Deportes e Informes (carpeta 2, caja 1, f. 91).
- Archivo General de la Nación [AGN]. (1934b). [Comité Nacional de Educación Física.] *Carta al señor alcalde Don Julio Pardo Dávila*. Fondo Ministerio de Educación Nacional. Sección Archivo Anexo. (Anexos Varios Grupo II). Series documentales Deportes e Informes (carpeta 2, caja 1, f. 59).
- Archivo General de la Nación [AGN]. (1934c). [Concejo de Bogotá.] *Nombramiento de junta para la construcción de estadio nacional en Bogotá*. Fondo Ministerio de Educación Nacional. Sección Archivo Anexo. (Anexos Varios Grupo II). Series documentales Deportes e Informes (carpeta 2, caja 1, f. 50).
- Archivo General de la Nación [AGN]. (1934d). [Departamento del Tolima, Hernando Jiménez.] *Carta Dirigida por al Señor Ministro de Educación Nacional (Sección de Educación Física)*, 20 de diciembre de 1934. Fondo Ministerio de Educación Nacional. Sección Archivo Anexo. (Anexos Varios Grupo II). Series documentales Deportes e Informes (carpeta 1, caja 1, f. 33).
- Archivo General de la Nación [AGN]. (1934e). [Federación Deportiva Nacional del Ecuador.] *Carta de invitación a la Federación Deportiva de Bogotá, Colombia*, 29 de junio de 1934. Fondo Ministerio de Educación Nacional. Sección Archivo Anexo. (Anexos Varios Grupo II). Series documentales Deportes e Informes (carpeta 2, caja 1, f. 35).
- Archivo General de la Nación [AGN]. (1935a). [Junta Pro Estadio de Bogotá.] *Carta dirigida a Carlos García Prada, Director de Universidades e Institutos de Alta Cultura*, 27 de febrero de 1935. Fondo Ministerio de Educación Nacional. Sección Archivo Anexo. (Anexos Varios Grupo II). Series documentales Deportes e Informes (carpeta 2, caja 1, f. 11).
- Archivo General de la Nación [AGN]. (1935b). [Nariño Cheyne, N., Comisión Nacional de Educación Física.] *Carta al señor alcalde*, 15 de marzo de 1935. Fondo Ministerio de Educación Nacional. Sección Archivo Anexo. (Anexos Varios Grupo II). Series documentales Deportes e Informes (carpeta 2, caja 1, f. 13).
- Archivo General de la Nación [AGN]. (1936). [Comité Nacional de Educación Física.] *Memorandum para Don Jorge Zalamea*. Fondo Ministerio de Educación Nacional. Sección Archivo Anexo. (Anexos Varios Grupo II). Series documentales Deportes e Informes (carpeta 2, caja 1, f. 13).
- Archivos Distrital de Bogotá [ADB]. (1936). *Memoriales y notas 1936*. 3 vols. Fondo Histórico, Siglo XX.
- Arias Trujillo, R. (2011). *Historia de Colombia contemporánea (1920-2010)*. Bogotá: Universidad de los Andes.

- Barrero, T. (2009). El liberalismo de Alfonso López Pumarejo. En R. Sierra Mejía (ed.), *República Liberal: sociedad y cultura* (pp. 17- 46). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia
- Benninghoff, F. (2001). *¿Cuánta tierra civilizada hay en Colombia? Guerras, fútbol y élites en Bogotá 1850-1920*. (Trabajo de grado sin publicar), Departamento de Historia, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Bourdieu, P. (1990). ¿Cómo se puede ser deportista? En *Sociología y Cultura* (pp. 193- 213). México: Grijalbo.
- Bushnell, D. (1996). *Colombia, una nación a pesar de sí misma: de los tiempos precolombinos a nuestros días*. Bogotá: Planeta.
- Carvajal, T. (2006, junio). Estadio Nemesio Camacho “El Campín”. Consultado el 30 de marzo de 2013 en: http://www.arcotriunfal.com/249/estadio_nemesio_camacho_el_campin.html
- Congreso de la República de Colombia. (1903). Ley 39 del 26 de octubre de 1903, sobre Instrucción Pública.
- Congreso de la República de Colombia. (1904). Decreto 419 del 3 de julio de 1904, por el cual se reglamenta la Ley 39 del 26 de octubre de 1903, sobre Instrucción Pública.
- Congreso de la República de Colombia. (1925). Ley 80 del 18 de noviembre de 1925, sobre educación física, plazas de deportes y precio de las becas nacionales.
- Congreso de la República de Colombia. (1933). Decreto 1734 del 19 de octubre de 1933, por el cual se reglamenta la Ley 80 del 18 de noviembre de 1925, sobre educación física, plazas de deportes y precio de las becas nacionales.
- Congreso de la República de Colombia. (1935). Ley 68 de 1935, ley orgánica de la Universidad Nacional de Colombia.
- Congreso de la República de Colombia. (1936). Ley 200 del 19 de diciembre de 1936, sobre Régimen de Tierras.
- El Gráfico*. (1936). Julio-agosto.
- El Tiempo*. (1936, 24 de octubre). Desfilaron 6000 deportistas hoy, p. 1.
- El Tiempo*. (1936, 9 de octubre). Un gran gimnasio popular se construirá en San Cristóbal, p. 7.
- El Tiempo*. (1938, 15 de mayo). Con cuatro años de plazo se comprará la plaza de toros, p. 16.
- El Tiempo*. (1938, 28 de mayo). Progresan las obras en El Campín, p. 16.
- Elias, N. y Dunning, E. (1992). *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Forero Nougues, M. (1989). *El deporte en Colombia*. En A. Tirado Mejía (director científico), *Nueva Historia de Colombia* (vol. 4, tomo 6) (pp. 351, 390). Bogotá: Planeta.
- Galvis Ramírez, A. (2011). El duelo Nova-Navarrete. *Revista del Comité Olímpico Colombiano*, 18, 8.
- Gerlero, J. C. (2006). Hacia un concepto de recreación. *Anuario de Estudios en Turismo Investigación y Extensión*, 6 (4), 48-58. Consultado el 1 de abril de 2013 en: http://www.fatu-uncoma.com.ar/publicaciones/anuario/vol_4/art4_Gerlero.pdf

- Gómez, L. (1970). *Interrogantes sobre el progreso de Colombia* (1928). Bogotá: Editorial Revista Colombiana.
- González Collazos, A. L. (2009). Actos administrativos y medidas higiénicas para obreros y barrios obreros durante la alcaldía de Jorge Eliécer Gaitán, Bogotá, 1936-1937. (Trabajo de grado sin publicar), Departamento de Historia, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Hernández Acosta, A. F. (2012, octubre). *El deporte en la transformación socio-urbana en Colombia: 1930- 1938*. Sin publicar. Neiva: XVI Congreso Colombiano de Historiadores. Universidad Surcolombiana / Asociación Colombiana de Historiadores.
- Hernández Acosta, A. F. (2010). Deporte y política: Berlín 1936, la primera participación de Colombia en una olimpiada. (Trabajo de grado sin publicar), Departamento de Historia, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Hernández Acosta, A. F. (2012). Nuestras (tardías) raíces. *Revista Olímpica Colombia*, 27, 46- 47.
- Hernández Acosta, D. A. (29 de septiembre de 2011). El estadio Alfonso López II. *De...Porte Académico* (programa de radio, UN Radio, 98.5 FM Bogotá).
- Hofer, A. (2003). *Karl Brunner y el urbanismo europeo en América Latina*. Bogotá: El Áncora Editores / Corporación la Candelaria.
- Jaramillo Jiménez, J. E. (2007). *Universidad, política y cultura: La rectoría de Gerardo Molina en la Universidad Nacional (1944-1948)*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Kalmanovitz, S. (ed). (2010). *Nueva historia económica de Colombia*. Bogotá: Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano / Taurus.
- La Razón*. (1936, 9 de septiembre). Redactor: Alberto Acevedo “Dos deportistas colombianos narran su viaje a Alemania”. Agosto-septiembre.
- López Vélez, L. (2004). *Detrás del balón. Historia del fútbol en Medellín, 1910-1952*. Medellín: La Carreta Editores.
- Morales Fontanilla, M. A. (2011). *El surgimiento del campo deportivo en Bogotá: 1910- 1930*. (Trabajo de grado sin publicar), Departamento de Historia, Universidad de los Andes, Bogotá.
- Niño Murcia, C. (2003). *Arquitectura y Estado. Contexto y significado del Ministerio de Obras Públicas. Colombia 1905-1960*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Palacios, M. y Safford, F. (2002). *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida. Su historia*. Bogotá: Norma.
- Pedraza, Z. (1999). *En cuerpo y alma. Visiones del progreso y de la felicidad*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Quitán, D. (2009). Gaitán, el fútbol y la Universidad Nacional. En Asciede, *Memorias Cátedra Jorge Eliécer Gaitán. Sociología 50 años* (pp. 2-15). Clase 9. Sin publicar, Universidad Nacional, Bogotá.
- Restrepo, G. (2012). Teoría dramática de la sociedad: la irrealidad real del fútbol. En Quitán, D. L. (ed. y comp.), *Estudios socioculturales del deporte. Desarrollo, tránsitos y miradas* (pp. 21- 35). Bogotá: Kinesis / Asciede.

- Ruiz Patiño, J. H. (2010). *La política del sport: élites y deporte en la construcción de la nación colombiana, 1903- 1925*. Medellín / Bogotá: La Carreta Editores / Pontificia Universidad Javeriana.
- Silva, R. (2005). *República Liberal, intelectuales y cultura popular*. Medellín: La Carreta Editores.
- Téllez, H. (1936). Registro Municipal- Secretaría del Cabildo. Tomo iv.
- Vega Cantor, R. (1988). *Crisis y caída de la República Liberal*. Ibagué: Mohán.
- Zambrano, F. (2002). De la Atenas Suramericana a la Bogotá Moderna. La construcción de la cultura ciudadana. *Revista de Estudios Sociales*, 11, 9-16.
- Zea, G. (1987). *Un problema con Gaitán*. (Entrevista). En J. Mosca, *Bogotá ayer, hoy y mañana* (pp. 33- 35). Bogotá: Villegas Editores.